

BOLIVIA: ¿HACIA UN MERCADO RESPONSABLE?

Eliana Carlin

Alumna de la especialidad de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales PUCP

Si ubicamos a Bolivia en el contexto de la región, encontraremos que, sin duda, América Latina vive una situación peculiar. Un número importante de gobernantes comparten orientaciones políticas similares, que no corresponden con la tendencia que ha seguido la región durante los últimos veinte años, al inicio de los cuales se impulsó con mucha fuerza el ajuste estructural.

La sociedad boliviana no ha escapado de los cambios que los últimos tiempos han traído consigo. Es natural que las transformaciones que experimenta una sociedad se vean reflejadas también en la orientación ideológica de sus gobernantes, elegidos por sufragio directo.

Siempre resulta complicado hablar de un país como Bolivia, marcado durante casi toda su historia no solo por guerras y pobreza, sino por divisiones internas que reflejan las fracturas de la sociedad. La primera fractura fácilmente identificable ha sido la voluntad separatista de Santa Cruz, que ha construido una identidad propia, basada en su relativo éxito económico, en oposición al resto del país al que, muy a su pesar, pertenece. Este ascenso de la región oriental de Bolivia vino acompañado por la pérdida de hegemonía de la sierra. Sin embargo, pese a la autonomía que reclaman los habitantes de Santa Cruz –respaldada por la enorme superioridad económica que tienen con respecto al resto del país–, es bastante improbable que esta región sea viable como un Estado autónomo.

La condición de mediterraneidad de Bolivia desde la Guerra del Pacífico constituye un problema que no ha podido ser resuelto.

Por otro lado, la condición de mediterraneidad de Bolivia desde la Guerra del Pacífico constituye un problema que no ha podido ser resuelto hasta el momento por ningún gobernante. Esta reivindicación, que está en agenda desde el momento mismo en

que Bolivia se quedó sin salida al Pacífico, no tiene una solución a la vista ni en el corto ni el mediano plazo.

Evidentemente, Bolivia siempre ha significado una piedra en el zapato para la potencia hegemónica. Pese a

que ha tenido gobiernos de diversas tendencias ideológicas –cercanas o no a Estados Unidos–, la crisis política se ha convertido casi en la regla, lo que, evidentemente, ha causado problemas relacionados con la gobernabilidad, el respeto a la democracia –con todas las limitaciones que esta presenta–, los movimientos sociales y los enfrentamientos violentos.

El contexto en el que Evo Morales asume la presidencia de Bolivia corresponde, como se ha señalado, a un viraje general en el espectro político de América Latina, que es el resultado de una serie de procesos de integración nacional e incorporación de los sectores hasta ahora excluidos. Para lograr este cambio, hace falta contar con un Estado fuerte.

Con matices en términos ideológicos, tanto Lula como Kirchner, Chávez y ahora Morales están llevando a cabo políticas que, claramente, persiguen el objetivo de fortalecer a sus Estados y proteger a sus industrias nacionales para construir las bases de un crecimiento económico sostenido. Las críticas que los sectores conservadores le han hecho a Morales por múltiples razones van en el mismo sentido que las que reciben sus homólogos de Brasil, Argentina y Venezuela.

Pero ¿adónde apuntan los gobiernos de «izquierda» de América Latina? No se trata de un viraje hacia la izquierda en busca del socialismo. Se trata, sí, de un grupo de regímenes que buscan para sus países reivindicaciones, inclusiones y mayores cuotas de autonomía frente a Estados Unidos que las que han tenido hasta el momento. Es este el camino por el que Morales está avanzando, cumpliendo así las demandas de los movimientos sociales que lo llevaron a encabezar el gobierno de Bolivia.

América Latina no está consolidada como un bloque homogéneo que pueda desempeñar un rol trascendente dentro del sistema internacional. Luego de más de un centenar de años de estar constituida por Estados independientes, la región necesita una cuota mayor de autonomía política con respecto a Estados Unidos, de la que no goza debido a su innegable dependencia económica y política. Es tal vez esa cuota de autonomía la que están persiguiendo los nuevos gobiernos latinoamericanos.

Evo constituye el primer mandatario boliviano democráticamente elegido de raíz incuestionablemente indígena.

Evo constituye el primer mandatario boliviano democráticamente elegido de raíz incuestionablemente indígena. Podemos decir que su liderazgo es de tipo carismático, tal como lo señala Max Weber en Economía y sociedad.¹ La dominación caris-

mática responde a una acción no racional. La persona que asume el liderazgo carismático tiene, entonces, una «cualidad extraordinaria». Así, su legitimidad reposa en el reconocimiento de esa cualidad. ¿Se puede afirmar que Morales tiene esa «cualidad extraordinaria»?

Desde la década de 1980, los regímenes bolivianos lograron derrotar al sindicalismo obrero existente hasta entonces e instituir reformas tendentes a la economía de mercado. Este nuevo modelo traía consigo la promesa de modernización, integración al mundo y desarrollo. Sin embargo, esta reconfiguración no tuvo los resultados que la población esperaba. Por el contrario, generó instituciones débiles y partidos políticos sin credibilidad, y no pudo superar la pobreza ni la exclusión social.

Debido al descontento popular causado por esta crisis institucional, desde el año 2000 se produjeron movilizaciones de un bloque social conformado sobre todo por obreros, indígenas y campesinos, es decir, los actores sociales que habían sido sistemáticamente excluidos desde la década de 1980. Ante la crisis de los partidos políticos y su fracaso para ejercer su función de representación política, este nuevo bloque social buscó crear su propia forma de representación y movilización al margen de estos.

El ganador de las elecciones del 30 de junio de 2002 fue Gonzalo Sánchez de Lozada. Evo Morales, que quedó en segundo lugar con 20,94% de los votos, pasó a liderar la oposición. En medio de una crisis, Sánchez de Lozada renunció en octubre de 2003. Lo sucedió interinamente Carlos Mesa, quien, a su vez, fue sucedido por Eduardo Rodríguez. En ese contexto de inestabilidad absoluta y en medio de una rápida sucesión de mandatarios, Morales gana las elecciones del año 2005 postulando con el Movimiento al Socialismo (MAS).

¹ Weber, Max. Economía y sociedad. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2002.

Una vez en el poder, comienza con sus políticas de «nacionalización responsable», principalmente de las empresas de hidrocarburos, respondiendo al programa de gobierno que presentó el MAS en las elecciones presidenciales. En este programa se señalaba que el gobierno buscaría la industrialización de los recursos naturales, un cambio en el patrón de desarrollo y el crecimiento del mercado interno de Bolivia. Estas nacionalizaciones se han llevado a cabo de manera incompleta, pues han constituido no una expropiación sino la firma de nuevos contratos con regalías aumentadas para el Estado.

Además de la nacionalización de las empresas de hidrocarburos, la instalación de la Asamblea Constituyente resultó una medida de vital importancia. Estas acciones, que corresponden a los ámbitos económico y político, respectivamente, han representado para Evo Morales los pilares de su gobierno hasta el momento, y han generado mucho ruido político tanto dentro de Bolivia como en el ámbito internacional.

Las reformas que ha llevado a cabo el gobierno del MAS han tenido un carácter parcial y no se han llevado a cabo con la radicalidad que se temía durante la campaña electoral. Poco a poco, el aire de misticismo indígena se ha ido disipando y se van perfilando políticas concretas que buscan un nuevo pacto social con los empresarios y las transnacionales. Los altos índices de aprobación de Evo Morales le dan el respaldo necesario para buscar un nuevo camino para Bolivia, pese a las críticas que pueda recibir.

Las reformas han tenido un carácter parcial y no se han llevado a cabo con la radicalidad que se temía durante la campaña electoral.

¿Cuál es el futuro de la democracia en este país? Pese a todas las críticas recibidas, Morales se está manteniendo en el poder desde hace ya más de un año, y a pesar de los altibajos que ha tenido su gobierno, la situación actual de Bolivia es de relativa estabilidad, pero no ha dejado de presentar problemas.

Se pueden señalar, en general, tres grandes problemas que ha enfrentado el gobierno de Morales durante el año y algunos meses que lleva en el poder. En primer lugar, el temor de la oposición de que el Ejecutivo llegue a centralizar el poder excesivamente, como ocurre en Venezuela. En segundo lugar está el tema de la Asamblea Constituyente. Como el MAS ocupa 137 de los 255

españoles, ha logrado sacar adelante medidas que pueden ser aprobadas por mayoría simple, cuando tradicionalmente en Bolivia se necesita mayoría calificada –dos tercios de la asamblea–. Esto ha generado muchísimas protestas. En tercer lugar, tras la elección de gobernadores en las nueve regiones de Bolivia –el 19 de noviembre de 2006–, seis de los ganadores declararon una ruptura de relaciones con el gobierno central –entre estas regiones están Santa Cruz, La Paz y Cochabamba–.

La democracia boliviana, con Evo Morales a la cabeza, busca consolidarse ya no solo como una democracia política. Las reivindicaciones indígenas de su régimen también persiguen una democracia social que conlleva una igualdad formal de todos los ciudadanos. Se trata de terminar con la exclusión política de facto del enorme sector indígena boliviano, que según los cálculos constituye 85% de la población.² América Latina tiene mucho que aprender de esta valiosa postura, pues el racismo y la exclusión están mucho más extendidos de lo que a veces somos capaces de aceptar.

Es importante mencionar que las organizaciones sindicales de Bolivia –la más notable de las cuales es la Central Obrera Boliviana– tienen un importante peso político, como en ningún otro país de la región, desde hace ya más de medio siglo. Esta realidad le concede

al proyecto de Morales verdadera fuerza fáctica.

El control del recurso más productivo del Estado boliviano –el gas– es el camino que ha elegido Morales para conseguir un Estado integrado. La historia ofrece múltiples ejemplos de opciones similares. Uno de ellos es la Rusia de Putin: con un Estado débil, una economía en colapso y voluntades separatistas dentro del país, se recurrió a la nacionalización de los recursos naturales.

Por último, si tomamos en cuenta el tamaño y la capacidad productiva de las grandes empresas transnacionales –cuyas economías son, muchas veces, más grandes que las de países pequeños como Bolivia–, resulta claro que los entes con mayores posibilidades de negociar con este tipo de organizaciones son los Estados, para lo cual requieren contar con capacidades suficientes. De lo contrario, las empresas transnacionales trabajarían según su propia lógica, en detrimento de los Estados y, por tanto, de los ciudadanos. Los capítulos económicos de las actuales constituciones políticas de varios de nuestros países prohíben la participación del Estado en la economía. Esta es una de las razones por las que se levantan propuestas de instalar asambleas constituyentes que corrijan esa y algunas otras deficiencias de las cartas magnas de nuestras naciones. ■

² CIA World Fact Book.